

Desde la crisis internacional a los conflictos regionales: la Argentina y el Uruguay, 1940-1955

Beatriz Figallo

UCA-CONICET

Resumen

Las espontáneas pulsiones hacia procesos cooperativos en el espacio del Río de la Plata experimentaron desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial hasta el fin de los gobiernos peronistas en 1955 un paréntesis pleno de conflictos y recelos que no hizo más que demorar las vías efectivas de integración entre Argentina y Uruguay. Intervinieron entonces tanto las tensiones generadas en la región por las políticas de USA, como las simplificaciones ideológicas producto de la guerra y las mutuas percepciones de las dirigencias platinas sobre el rol de cada nación.

Abstract

Ironically, from 1940 to 1955, cooperative diplomatic initiatives between Uruguay and Argentina did more to generate conflict and fear than to bring about friendly bilateral relations. Among the sarces of discord were US interventionist politics around Americas, wartime ideological simplifications, and the varied Uruguayan and Argentine perceptions of their nations regional and international roles.

Antecedentes y prolegómenos

La historia compartida entre la Argentina y el Uruguay desde los albores como estados independientes, sus semejantes estructuras económicas y composición social y los lazos propios de la convivencia que anudaron a las sociedades platinenses, han configurado un vínculo peculiar, que es de estrecha cercanía, y a la vez de notable desconocimiento mutuo.

El siglo XIX fue perfilando en el Plata los rasgos distintivos de cada nacionalidad: así el Uruguay creció morosamente porque su organización estatal permaneció casi inexistente. En tanto, la Argentina avanzó en su consolidación bajo la supremacía primero del general Bartolomé Mitre y luego bajo los liderazgos de Nicolás Avellaneda y del general Julio A. Roca. Esas condiciones no aparecieron en Uruguay hasta después de 1900, cuando pudieron superarse las guerras civiles que interrumpieron su vida institucional y su economía. Como advierten David Rock y Fernando

López Alves, desde entonces ambos países crecieron más acompasadamente en términos económicos y sociales, gracias a la importancia excepcional que alcanzó el comercio de la producción de materias primas y alimentos, pero continuaron diferenciándose políticamente.¹

La región del Plata vivió momentos de integración significativos cuando, por ejemplo, el puerto de Montevideo merced a sus ventajas naturales sobre Buenos Aires y los embarcaderos de Río Grande do Sul constituía un centro distribuidor de las mercancías europeas destinadas a las provincias argentinas del Litoral, la zona riograndense e incluso Paraguay. Ese espacio de vinculación lentamente comenzó a distanciarse, al adherirse a los respectivos mercados transatlánticos. Casi cien años después, en la segunda mitad del siglo XX, el proceso sub-regional fronterizo fue recuperando vigor, a través de redes de cooperación que operaron en el campo real de la economía y de las relaciones bilaterales, como consecuencia del aprovechamiento conjunto de recursos y la creciente circulación de personas.² La integración en el campo vial, la construcción de los puentes sobre el río Uruguay, la interconexión de las redes eléctricas, las obras comunes de infraestructura y la agilidad de las fronteras compartidas se han erigido como un concreto caudal de acercamiento entre la Argentina y el Uruguay de cara al siglo XXI.

Pero en ese devenir, ciertamente se detectan momentos de conflictividad y distanciamiento, como el iniciado en la Segunda Guerra Mundial a consecuencia de las tensiones regionales generadas por la política impulsada por los Estados Unidos de contribuir a la defensa continental, enfrentamiento que se proyectara durante los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón. Quince años de desinteligencias detuvieron proyectos comunes, acuerdos y posibilidades de políticas y concreciones compartidas.

El Uruguay se había constituido en un "pequeño país modelo" mediante el empuje de un programa modernista, como culminación de un proceso de gestación de la identidad nacional que recogía los impulsos de integración frente a lo que el investigador uruguayo Caetano señala era la "indefinición de fronteras en múltiples dimensiones: jurídicas, políticas, económicas, culturales".³ Los festejos por los cien años de la independencia uruguaya en 1925 habían mostrado a propios y extraños una imagen de notable autocomplacencia, que la ubicaba como la nación más ejemplar de Hispanoamérica, la Suiza de América como gustaban denominar al Uruguay no pocos políticos, periodistas y escritores. La Argentina era portadora asimismo, de sus propias percepciones de excepcionalidad,⁴ basadas en lo que consideraba la

¹ Ver David Rock y Fernando López-Alves, "State Building and political systems in nineteenth-century Argentina and Uruguay", en: *Past and Present*, 167, may 2000.

² Israel Wonssewer, "El Uruguay en el contexto latinoamericano", en: *Temas de política exterior latinoamericana. El caso uruguayo*, Buenos Aires, GEL, 1986, p. 130.

³ Gerardo Caetano, "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario", en: H. Achugar y G. Caetano (comp.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, 1992.

⁴ Ver Joseph A. Tulchin, *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990 y Leonor Machinandiarena de Devoto y Carlos Escudé, "Las relaciones argentino-chilenas, 1946-53, y las ilusiones expansionistas del peronismo", en Torcuato S. Di Tella (compilador), *Argentina-Chile ¿Desarrollos paralelos?*, Buenos Aires, Nuevo hacer-Grupo Editor Latinoamericano, 1997, p. 184.

superioridad de su diversidad y riqueza geográfica y su potencial humano, creencia a la vez inoculada a través de los contenidos de los programas de estudios de la educación primaria,⁵ destinados a nutrir de valores patrióticos a las oleadas inmigratorias que fueron integrándose a su población.

Después de la primera guerra mundial, en ambas orillas del Plata -bajo la influencia del batllismo y del radicalismo, aún con sus diferencias- se vivió una cercanía intelectual que radicaba en la afinidad de sus liberalismos y que encontraba en ambos procesos democratizadores cauces viables de convivencia, aunque pocos actos concretos de vinculación efectiva en el plano de las realizaciones. El optimismo oriental basado en el crecimiento de su economía, en el mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes y el progresismo de su modelo político, se compadecía con una Argentina que en la década del veinte -especialmente con la presidencia de Marcelo de Alvear- disfrutaba de prosperidad y confiaba en su porvenir.⁶

El golpe militar que instauró la dictadura de José Félix Uriburu resintió esos vínculos, aunque la ruptura del orden constitucional en la Argentina gravitaría en la propia experiencia autoritaria inaugurada por el autogolpe del presidente Gabriel Terra en marzo de 1933, que consagraría un gobierno fuerte y personal. Entonces la política exterior uruguaya sufrirá un reordenamiento, en el que las ideologías se convertirán en una variable importante, actuando en notable sincronía con la del gobierno conservador de Justo.⁷ No obstante, no faltaron desacuerdos, como los que las delegaciones uruguayas experimentarían frente al protagonismo de la diplomacia de Saavedra Lamas en el seno de la Conferencia de la Paz del Chaco que sesionó en Buenos Aires entre 1935 y 1938, o en la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz en diciembre de 1936. Frente a la resistencia de Argentina por diluir su singularidad dentro de un accionar conjunto, Uruguay reivindicaba como una de las directivas de su política externa la aproximación a Washington entendiendo que los norteamericanos podían comprender la posición estratégica que tenía el Uruguay y el valor de su democracia, que "entre dos colosos ha forjado su personalidad política hasta ser probablemente el país más adelantado de América".

En 1938, con la presidencia de Alfredo Baldomir, el Uruguay retomó con mayor convicción los perfiles que la mostraban como una nación inclinada a fiar en la eficacia de los procedimientos jurídicos, distanciándose de una Argentina que perpetuaba los vicios de su democracia aún con el gobierno del doctor Roberto Ortiz. Sin embargo, ambos gabinetes dieron pasos concretos para lograr una mayor reciprocidad en las relaciones comerciales, ya fuera incluyendo a los países de la Cuenca del Plata, a través de las reuniones de consulta de los ministros de Hacienda de la región realizadas en Montevideo a principios de 1939, como de las conversaciones bilaterales entabladas para revertir el irregular intercambio comercial, como consecuencia de la falta de implementos de colaboración económica.

⁵ Sobre este tema ver Carlos Escudé, *El fracaso del proyecto argentino: Educación e Ideología*, Buenos Aires, Ed. Tesis-Instituto Di Tella, 1990.

⁶ Ver Susana Mallo, *Modernidad y poder en el Río de la Plata: colorados y radicales*, Buenos Aires, 1995.

⁷ Beatriz Figallo, "La Argentina conservadora y el Uruguay neo-batllista. Política internacional y conflictos regionales, 1931-1943", en: *Décimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

La Segunda Guerra Mundial, y la necesidad uruguaya de contar con el abastecimiento de artículos argentinos como el trigo y el maíz, mostraron la perentoria necesidad de acuerdos más amplios. Se advertiría entonces un esfuerzo argentino, en particular de sus ministros de Relaciones Exteriores Julio Roca y de Hacienda Federico Pinedo, por implementar un programa de cooperación económica interamericana, que incluía al Uruguay. Esa vía de entendimiento, significó la apertura de negociaciones formales para concertar un tratado de comercio, conversaciones que fueron dilatándose al renunciar Pinedo a su cargo, a lo que hubo de sumarse el creciente distanciamiento diplomático. Por su parte los productores uruguayos, debido a la similitud de las producciones y a la analogía de los rubros exportables, no dejaron de mostrarse contrarios a un amplio acuerdo comercial, que presumían les sería desfavorable. Cuando el entonces vicepresidente del Uruguay Alberto Guani visite los Estados Unidos, presentándose como líder antinazi del Cono Sur, un objetivo trascendente será el de negociar préstamos y obtener la concesión de petróleo hasta cubrir las necesidades de combustibles de su industria y transporte. No obstante, el Uruguay viviría los últimos años de la guerra en una difícil situación financiera y con un déficit sin precedentes, empeorado por su separación política de la Argentina.

La Segunda Guerra Mundial

Los primeros meses posteriores al estallido del conflicto bélico mundial en Europa encontraron a la Argentina, Brasil y Uruguay dispuestas a coordinar pareceres y a ajustar la política internacional de sus respectivos gobiernos. Si después de la Conferencia de Panamá las escuadras de los tres países cooperarían en el patrullaje de la costa atlántica, la conmoción por la batalla del Río de la Plata y las primeras noticias sobre los ofrecimientos de Bolivia de sus aeropuertos como bases para los Estados Unidos, parecieron hacer tomar conciencia al Uruguay que debía variar la política sostenida después de la Primera Guerra Mundial en el sentido de limitar su poderío militar y naval, admitiendo que mientras en otros ámbitos estatales se habían llevado adelante grandes progresos, se había descuidado la formación de unas Fuerzas Armadas que cubrieran las necesidades de defensa del país. El 26 de junio de 1940 se sancionaba por ley un plan de armamentismo para comprar material para la Aeronáutica militar y naval y para las unidades de artillería del Ejército, adquiriendo de urgencia un lote de cinco mil rifles usados al Brasil, con sus correspondientes municiones.

Después de la reunión de Cancilleres de La Habana, inaugurada en julio de 1940, en que se concertó la realización de un plan de defensa militar intercontinental, los Estados Unidos, se orientaron hacia una política de obtención de bases en las repúblicas americanas. La Argentina había recibido ya la visita de un agente confidencial militar norteamericano, que se encontraba en Buenos Aires en junio de 1940 realizando conversaciones y cambiando impresiones con el Comando Naval.⁸

⁸ *Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay (AMREU)*, Serie Uruguay, Buenos Aires, 12 de junio de 1940, de Eugenio Martínez Thédy a Alberto Guani.

El propósito era establecer conocimientos que pudiesen ser útiles a una coordinación eventual de la defensa hemisférica. En la otra orilla del Plata en agosto y octubre tenían lugar en el Ministerio de Defensa Nacional encuentros entre oficiales uruguayos y norteamericanos. Entonces se conversó, aunque sin llegar a la firma de acuerdos, sobre las condiciones, capacidades y disponibilidades de los puertos, ferrocarriles y carreteras del Uruguay, asegurándose el tipo de ayuda que se le podía requerir en caso de que fuerzas norteamericanas tuvieran que pasar por territorio oriental u operar allí a fin de ayudar a los países vecinos. También se planificó la ayuda que el gobierno de Washington podía brindarle al Uruguay en caso de guerra, que incluía material bélico considerado indispensable para garantizar la seguridad nacional. Se habló asimismo de la movilización de la opinión pública para apoyar a los EEUU y para oponerse a las acusaciones radiales y periodísticas sobre el "imperialismo yankee".⁹

Uruguay estaba urgido por contar con un crédito del Export Import Bank para realizar esos abastecimientos, pero las autoridades navales y militares de Washington querían primero estudiar esos pedidos, en relación con los requerimientos de las otras diecinueve naciones latinoamericanas. No obstante, en noviembre el comité ejecutivo de la entidad financiera resolvió extender el crédito para la adquisición del material para la defensa del Uruguay.

El 9 de noviembre de 1940 aparecía en el *New York Times* un despacho enviado por el periodista John White, proveniente de Montevideo, destinado a tener gran repercusión en el ámbito platense. El artículo afirmaba que los Estados Unidos estaban procurando obtener bases aéreas y navales en el Uruguay: de inmediato el canciller Guani intentó morigerar las afirmaciones, aclarando que se trataba sólo de gestiones preliminares encuadradas en el plan de armamentismo ya sancionado. *La Mañana* difundió el 14 esas declaraciones, pero otros diarios locales y *La Prensa*, de Buenos Aires, continuaron tratando el tema como si los Estados Unidos presionaran para obtener las bases, y el gobierno de Baldomir hubiera rehusado, declinando cualquier cesión de su soberanía y prefiriendo erigir las bases por su cuenta. *El Debate* fue particularmente agrio en sus críticas, e incluso en un acto celebrado para conmemorar el aniversario de la muerte del general Manuel Oribe, fundador del partido Nacional, se pronunciaron violentos discursos en contra del imperialismo estadounidense. Para algunos observadores, ello era más que nada índice del interés blanco por desplazar a Guani del gobierno. En tanto, otros diarios más vinculados al Partido Colorado, como *El Día* y *El País*, no mostraban mayor objeción a rentar o ceder bases en territorio uruguayo a los Estados Unidos.

Guani reconoció que el artículo había causado malestar interno y regional, con un conjunto circunstancial de detalles, que aseguraban que ya existía un acuerdo entre los gobiernos de los Estados Unidos y Uruguay para la construcción de bases navales en la costa oriental. Pero el Consejo de Ministros salió a respaldar a su canciller que procuraba enmarcarse en una política panamericana que el Uruguay

⁹ *Ibid.*, Serie Uruguay, Caja 21, 1941-1946, Memorándum. Ministerio de Defensa Nacional.

estaba determinado a seguir.¹⁰

Los nacionales liderados por Luis Alberto de Herrera -considerado desde la modificación constitucional de 1934, como una suerte de co-gobernante como jefe de su partido y de la bancada en el Parlamento, al que le respondían al igual tres ministros que formaban parte del gabinete- se erigieron en acervos críticos de la política exterior del gobierno y por lógica consecuencia en sostenedores de la postura argentina que recelaba de aquellas instalaciones.

El presidente Baldomir anunciaba el 17 de noviembre que las tácticas obstruccionistas de los nacionales contra el gobierno y contra las medidas de defensa continental que se proyectaban, eran otra prueba irrefutable de la urgente necesidad de reformar la constitución de 1934, afirmando además que el gobierno seguiría adelante con sus planes, a pesar de la oposición política porque había asumido un solemne acuerdo con otros países americanos para cooperar en la seguridad de todos. Acusó a los herreristas de utilizar el tema de las bases como un pretexto para forzar una crisis del gabinete, en la esperanza de descolocar al gobierno.

El asunto de las bases condujo a una interpelación parlamentaria de los funcionarios involucrados. Allí el ministro de Defensa Nacional, general Julio Roletti, informó que las conversaciones habían consistido en cambios de punto de vista de carácter técnico entre oficiales del Ejército y de la Marina de ambos gobiernos, realizados dentro de las bases de la cooperación panamericana para la defensa continental y que no había propósito de otorgar ventajas especiales a ningún país, que las reuniones habían sido de similar carácter que las mantenidas con otros países americanos, en particular la Argentina y que en esas conversaciones Uruguay siempre había tenido presente los intereses de la Argentina y del Brasil. Por otro lado, no se sabía cuánto habrían de costar esas bases, y cualquier plan, al igual que la adquisición de armamentos, estaría siempre en relación con las posibilidades financieras del Uruguay. El canciller Guani a su vez reafirmó que el gobierno estaba llevando adelante su política exterior en acuerdo con otros países americanos y con las decisiones de las conferencias interamericanas. Los nacionales, en tanto, plantearon que cualquier base a instalar resultaría en beneficio exclusivo de los norteamericanos, dueños de la única escuadra capaz de ejercer una policía intercontinental, señalando lo remoto del peligro que se trataba de conjurar.

La Cámara de Representantes manifestó con su voto mayoritario su adhesión a la política exterior seguida por el gobierno, considerándola concordante con los principios mantenidos internacionalmente por el Uruguay. El presidente Baldomir, por su parte, volvió a acusar a los nacionalistas en un reportaje otorgado a *El Diario* de intentar confundir a la opinión pública, creando dificultades entre el Uruguay y sus vecinos, y de debilitar al gobierno. Insistió que se trataba de intercambios de puntos de vista entre naciones amigas de acuerdo con lo convenido en Panamá y La Habana. Ca-

¹⁰ *National Archives*, Maryland, United States (en adelante NA - en la recolección del material proveniente de este repositorio contamos con el valioso asesoramiento de David Sheinin.), RG 165 MID - Regional File 1922-44, Box 3246 - 5000 - Uruguay. From Edwin C. Wilson, Legation of the U.S., Montevideo, Uruguay, to the Secretary of State, Washington, Montevideo, november 15, 1940.

racterizó como ridículos los cargos de que el gobierno tenía en mente algún costoso proyecto para la construcción de bases navales, agregando que el puerto de Montevideo podía ser considerado como una base de importancia para flotas, proveedora de repuestos y reparaciones menores. Baldomir también afirmaría que algo había que hacer para mejorar las facilidades de los puertos uruguayos, insistiendo en que se trataba de obras que el país debió haber hecho en otros tiempos, pues a pesar que no aparecía un peligro de invasión, no debían descartarse actos internos de inspiración exterior y aún daños al comercio marítimo uruguayo.¹¹

Los colorados buscaban dar una batalla final para derogar la constitución terrista, y el respaldo legislativo a su política fue un importante impulso. El 29 de noviembre se produjeron ruidosas manifestaciones en Montevideo y desfile de camiones anunciando encuentros para discutir la reforma constitucional. Alarmado el diario pro-herrerista *El Debate* comenzó a publicar una serie de editoriales alegando las virtudes de la carta de 1934. En un acto realizado por el partido colorado, el hijo del ministro del Interior, Manini Ríos, pronunció un agresivo discurso en el que advirtió que si los nacionalistas tenían sus manos para defender la constitución, los colorados tenían un garrote para imponer la reforma. Los herreristas exigieron una retractación, pero sin éxito, proclamando entonces que el presidente y sus seguidores estaban agitando la situación para llegar a un golpe de estado e imponer la reforma. Baldomir a su vez acusó a los herreristas de utilizar el tema de las bases, para eludir la confrontación sobre la reforma. Poniendo temporario fin a la crisis, el 12 de diciembre renunciaron los miembros nacionales del gabinete.

Si Uruguay no pudo profundizar más abiertamente en su determinación por colaborar con la defensa continental propuesta por el gobierno de Washington, se debió en gran medida a la oposición del ala del Partido Nacional liderada por Herrera y al agravamiento de la situación en el ámbito rioplatense, donde Buenos Aires fue crecientemente advirtiendo su rechazo a conductas que fueran en desmedro de los intereses regionales y de sus respectivas soberanías.

El más serio intento por coordinar las políticas platenses tuvo lugar en la reunión de los cancilleres Alberto Guani y Julio Roca (h), ocurrida en Colonia entre el 12 y el 14 de diciembre. Públicamente, Uruguay parecía mostrarse comprensivo con la Argentina, en razón de su evidente interés en todo lo que se refería al Río de la Plata, dado que la instalación de bases que implicaran la existencia, aunque fuera transitoria, de una suerte de jurisdicción o por lo menos de un control de potencias extranjeras sobre el estuario, no podía realizarse sin su intervención. La Argentina se manifestaba en principio opuesta a la construcción de toda posición naval o militar que a la larga significara tener que compartir el dominio de las rutas de acceso al Plata. No obstante, entonces se acordó que la defensa conjunta del Río de la Plata quedaba supeitada a posteriores conferencias entre los organismos técnicos de ambos países, manifestándose el propósito de consultar al resto de las naciones de la región. Pero había otras interpretaciones para hacer de aquella reunión. Guani se esmeró por re-

¹¹ *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1940.

velar a funcionarios diplomáticos norteamericanos que había sido el canciller argentino el que había tomado la iniciativa para la reunión. Inmediatamente después de la publicación del famoso artículo de White, el embajador uruguayo en Buenos Aires informó que el doctor Roca había mencionado que quería invitar a Guani a visitar Buenos Aires. Pero este se excusó diciendo que aunque nada le gustaría más –en realidad el canciller oriental no tenía intenciones de ir a Buenos Aires a discutir cuestiones concernientes al Río de la Plata,¹² estaba muy ocupado como para abandonar Uruguay. Roca envió otro mensaje para señalarle que había sido invitado por Aaron Anchorena para visitar su estancia en las cercanías de Colonia, y siendo que se trataba de un amigo común, podría ser la ocasión para encontrarse los dos y tener una conversación informal y personal. Guani accedió entonces.

El ministro oriental le informó a su par argentino en términos generales de las conversaciones mantenidas en Montevideo al final de octubre entre oficiales uruguayos y norteamericanos. La publicación del *New York Times*, sin embargo, alegaba que ya en los previos encuentros de junio los Estados Unidos habían buscado de obtener el arriendo de bases navales y aéreas, concretando su objetivo, lo cual había alarmado en la Argentina, especialmente a los elementos nacionalistas y neutralistas que desconfiaban de la política de cooperación en defensa continental liderada por el gobierno de Washington. Guani le confió al ministro norteamericano acreditado en Montevideo, que se había visto obligado a hablar extensamente con Roca en orden a clarificar lo conversado con militares de los Estados Unidos, asegurándole que se habían discutido los mismos puntos que se habían abordado entre oficiales argentinos y norteamericanos en el mes de junio en Buenos Aires. Todo ello en razón que aceptaba que el ministro Roca, tenía que contender con una considerable fuerza de opinión nacionalista, de parte del público, de grupos políticos y especialmente de ciertos altos oficiales en el Ejército y la Armada,¹³ que creían que los asuntos del Río de la Plata debían ser dirigidos y dictados por la Argentina, que Uruguay debía subordinarse, y que la Argentina no le debía permitir operar independientemente, acercándose a Brasil, Estados Unidos u otro gran país.

El canciller oriental le aseguró a Roca que si el Uruguay en cualquier momento encontraba en su interés como un estado independiente y soberano hacer arreglos de alguna naturaleza con los Estados Unidos o con otro país, y deseaba mantenerlo confidencial, se haría de ello una completa revelación a la Argentina. Guani reconoció el espíritu de cooperación de Roca, diciendo que era muy favora-

¹² NA, RG 165 MID – Regional File 1922-44, Box 3246 – 5000 – Uruguay. From Edwin C. Wilson, Legation of the U.S., Montevideo, Uruguay, to the Secretary of State, Washington, Montevideo, december 17, 1940.

¹³ El 24 de noviembre *El Pampero* publicó unas cartas del almirante Leon Scasso, ex ministro de Marina de la Argentina, en la que el marino congratulaba a un funcionario uruguayo que se había manifestado crítico en el tema de las bases, por lo que denominó como una patriótica actitud en relación con las negociaciones que conducirían a afectar de manera permanente los derechos del Uruguay, y que causaría profundos perjuicios contra la Argentina y otras naciones hermanas. Para algunos la divulgación de las cartas fue efectuada con el deliberado propósito de precipitar una reacción sobre la cuestión y una crisis política en la Argentina. El 27 de noviembre el presidente Castillo firmó un decreto ordenando un arresto técnico de 24 horas para Scasso.

ble que un político como él fuera el canciller de la Argentina, con el coraje necesario para pararse frente a elementos que eran opuestos al panamericanismo.¹⁴

En el aspecto económico, la sugerencias de unión aduanera entre los dos países expuestas por Roca a requerimiento de Pinedo, encontraron reticencias orientales, al señalar Guani los posibles riesgos y desventajas que existían para un pequeño país como Uruguay, dificultades que debían ser consideradas antes de entrar en dichos procesos con países grandes como la Argentina y Brasil, que poseían un mucho mayor grado de industrialización.

El alejamiento de Roca del gabinete del doctor Ramón Castillo en enero de 1941 produjo un sensible distanciamiento de las posiciones orientales con las de la política exterior argentina dirigida ahora por Enrique Ruiz Guiñazú, que sostendría la decisión de su gobierno de hacer respetar el régimen nacional de soberanía, procurando la defensa militar del territorio y manteniendo el principio de neutralidad a ultranza.

El ministro americano en Montevideo, Edwin C. Wilson, pensaba que su gobierno actuaba con lentitud con respecto al Uruguay, ya que el gobierno oriental estaba demostrando su amplia disposición a cooperar con Washington a pesar de que Argentina estuviera remisa. Sumner Welles le contestó que el tratamiento al Uruguay no escapaba a su interés, sino que formaba parte de un problema mayor: "how the United States can arm itself rapidly and at the same time furnish supplies to Great Britain, China, Greece, and the American countries".¹⁵ Por ello se estaban considerando todos los requerimientos de armamentos y municiones, en orden de estimar las más urgentes necesidades de cada país, la capacidad de USA para proveerlos y los problemas financieros envueltos.

El gobierno colorado avanzaba no obstante con cierta audacia: a pesar de las objeciones puestas por Washington, Uruguay insistía en su esperanza de comprar navíos de guerra, particularmente destructores, en los Estados Unidos,¹⁶ y había decidido el envío de aviadores militares en misión de estudio a los "Centros Aeronáuticos de Instrucción existentes en los Estados Unidos de Norte América, único país que en la actualidad está en condiciones de proporcionar dicho material".¹⁷ El gobierno de los Estados Unidos no había acordado la confirmación oficial a las visitas de oficiales uruguayos, cuando ya el Ministerio de Defensa Nacional anunciaba a la prensa el envío de una misión de Artillería y otra de Aviación.¹⁸ Para julio de 1941 los requerimientos uruguayos en materiales estratégicos trepaban a la suma de 17 millones de dólares

Las diferencias que separaban a las políticas orientales de las argentinas se iban, en tanto, profundizando. El ministro Guani le revelaba a la representación di-

¹⁴ NA, RG 165 MID - Regional File 1922-44, Box 3246 - 5000 - Uruguay. Memorandum, december 17, 1940.

¹⁵ *Ibid.*, RG 59 CAF 1940-44, Box 4551, January 24, 1941, from Sumner Welles to Edwin G. Wilson.

¹⁶ *Ibid.*, RG 165 MID - Regional File 1922-44, Box 3246 - 5000 - Uruguay. From Edwin C. Wilson, Legation of the U.S., Montevideo, Uruguay, to the Secretary of State, Washington, Montevideo, february 18, 1941.

¹⁷ "Misiones militares uruguayas van a Estados Unidos", en: *La Mañana*, Montevideo, 16 de abril de 1941.

¹⁸ Ver *El Día*, Montevideo, 16 de febrero de 1941.

plomática norteamericana acreditada en Montevideo que ese distanciamiento era consecuencia de ambiciones y posturas, que no dudaba en adjudicarle a la Argentina, que incluían el dominio del Río de la Plata y un derecho absoluto a protegerlo, el esfuerzo por obtener un liderazgo único en la parte sur de Sudamérica y la adhesión a una política de estricta neutralidad en la guerra mundial, incluso si los Estados Unidos se veían envueltos. En su percepción, el gobierno argentino se encontraba en ese momento intentando inducir a los países vecinos para asumir el mismo punto de vista, estrategia que había guiado la invitación formulada a los jefes de estado y ministros de Guerra de los países fronterizos para asistir a una conferencia en Buenos Aires, describiendo sólo como un pretexto la similar invitación remitida a Estados Unidos.¹⁹ La audacia de Guani llegaba incluso a no descartar la ejecución de un golpe de estado nazi en la Argentina, aunque no lo creía inminente.

En contraste con el punto de vista argentino, los acuerdos regionales eran para la diplomacia oriental solamente complementarios de los básicos acuerdos para la defensa hemisférica, en cuyo asunto el rol líder le correspondía, por necesidad, a los Estados Unidos, como la única nación poderosa. Además el gobierno consideraba que ya estaba en condiciones de desafiar a los herreristas y listo para iniciar negociaciones con el propósito de construir, a través de la asistencia norteamericana, monetaria y de otro tipo, un par de bases aéreas, una en las proximidades de Maldonado y otra de Montevideo, y para construir una base naval con el objetivo de defender el continente. Reflexionaba el canciller uruguayo que si Alemania tomaba Dakar o algún área de similar importancia estratégica, la amenaza para Sudamérica requeriría medidas de defensa más activas y con el completo sustento de los Estados Unidos en la región.²⁰

Las noticias llegadas desde Washington sobre las nuevas bases militares y aéreas y las obras públicas proyectadas para ejecución inmediata o ya en servicio en América Latina, de propiedad o construidas por los Estados Unidos, eran interpretadas en el Uruguay, si bien como prueba de una notoria expansión de dichos capitales en Centro y Sudamérica, como la única vía de concreción, pues la mayoría de los países no estaban en condiciones de contribuir, en atención al costo formidable, "es así, que, el problema se plantea en forma realista, o bien se hacen las obras con capitales norteamericanos o no se hacen".²¹ En agosto Uruguay fue amparado por la Ley de Préstamo y Arriendo, negociando un crédito por los 17 millones de dólares requeridos para la compra de materiales bélicos.

¹⁹ La prevención de Guani no parece haber sido correcta: el ministro de guerra argentino Tonazzi, adscrito al ala justista del Ejército, había convocado como un gesto usual de cortesía internacional a los jefes militares para asistir a las tradicionales fiestas patrias, con el objetivo de afianzar relaciones institucionales. Entonces, versiones difundidas en el exterior y entre los sectores nacionalistas de la Argentina le asignaron a aquellas convocatorias de militares el carácter de reuniones donde se delataría sobre los problemas de la defensa continental americana, habiendo incluso producido suspicacias en Berlín sobre la firmeza de la neutralidad argentina, en Liliana Brezzo-Beatriz Figallo, *La Argentina y el Paraguay, de la guerra a la integración* (Rosario, UCA, 1999), p. 83.

²⁰ NA, RG 165 MID - Regional File 1922-44, Box 3246 - 5000 - Uruguay. Telegrama N° 225, 6-7-41, from: embassy, Montevideo, Chapin., to Department of State - Copies to War.

²¹ AMREU, Serie Uruguay, Caja 20. Washington, octubre 27 de 1941. De Blanco a Guani.

En noviembre el inspector general del Ejército del Uruguay se dirigía al jefe de la misión militar uruguaya coronel Hugo Molins, para hacerle saber que era esencial seguir dando pasos con el gobierno de USA para asegurar que en vista de la situación especial de las Fuerzas Aéreas uruguayas, carentes de todo moderno material, se le diera un tratamiento especial y excepcional a fin de no dejar al país indefenso y sin oportunidad de preparar su personal. Los pedidos iban encaminados a la obtención de aviones de guerra, bombarderos, aviones anfibios, paracaídas, municiones, armas de guerra y una serie de equipos para los aeródromos.²²

Para los días de Pearl Harbour, los puertos uruguayos reforzaron su posición estratégica en el Atlántico Sur. Además de encararse conversaciones con las autoridades navales británicas y norteamericanas para aunar criterios y esfuerzos destinados a la defensa del área, el gobierno de Baldomir autorizó la firma de más amplios convenios con los Estados Unidos para su equipamiento militar, naval y aeronáutico.

Después de la Reunión de Cancilleres de Río de Janeiro, Guani se dispuso a diligenciar los pedidos de las necesidades uruguayas sobre las que había conversado con la delegación norteamericana, preparando al efecto un detallado memorandum para la consideración de Washington, con productos básicos para poder hacer una previsión para 1942, que incluían hierro y acero, necesarios para la economía del país y para sostener actividades y empleos, esenciales desde el punto de vista de la defensa hemisférica. El corresponsal de la United Press también informaba que el doctor Guani se aprestaba a trasladarse a los Estados Unidos, para allí resolver "el pronto despacho de aviones, barcos de guerra, cañones, baterías antiaéreas y todos los implementos bélicos necesarios para la defensa del Río de la Plata, así como también de todos los materiales indispensables para construir sin pérdida de tiempo aeródromos comerciales y militares, resguardos navales y bases militares para el ejército nacional".²³ Por de pronto, el 1 de febrero partían de USA veinte bombarderos comprados por el Uruguay.

El Departamento de Estado, a su vez, urgió a otras reparticiones como el Consejo de Producción de Guerra para que se pusieran a disposición del gobierno del Uruguay los materiales que se requirieran, dándole concreta y práctica ayuda, y para demostrarle a aquellas naciones que habían sido menos solidarias, los beneficios que ganaban aquellos países que como el Uruguay prestaban una cooperación completa e inequívoca.²⁴

Con la ruptura de relaciones con el Eje, importantes sectores políticos partidarios uruguayos con representación en el gobierno, con su correlato periodístico, mostraron una abierta crítica a la posición internacional de la Argentina,²⁵ que per-

²² NA, RG 165 MID, op. cit., Coordinator of Information, Nro. 163.

²³ *El País*, Montevideo, 30 de enero de 1942.

²⁴ NA, RG 59 CAF 1940-44, Box 4551, february 10, 1942, from Christian M. Ravndal, assistant chief, Division of the American Republics to C.R. Ellicott, jr., U.S. Maritime Commission Representative, War Production Board, 2616 New social security Building, Washington, D.C..

²⁵ Aquella censura a la política del gobierno de Buenos Aires y a los herreristas, no obstante, también dividió al Uruguay, no siendo celebrado por una parte de la opinión pública más vinculada a la Argentina, por algunos sectores de oficiales del Ejército uruguayo, por los órganos de prensa de los partidos Blanco tradicionalista y en menor medida, Colorado riverista.

mitía a la vez denostar al partido Nacional, identificando a una y otro con orientaciones nazis o totalitarias, operación que buscaba que los blancos no siguieran disfrutando de tres ministerios y de la mitad del Senado. Finalmente en febrero se disolvieron las Cámaras, aplazando las elecciones y prorrogando el mandato del Poder Ejecutivo. Guani aparecía como el instigador de un golpe de estado que era apreciado como restaurador del sistema legal vulnerado por Terra. Uruguay vivió casi todo 1942 en un régimen fuera de la Constitución, hasta el triunfo de la fórmula oficial Amézaga-Guani.

La figura de Alberto Guani -que había sido por largos años delegado de su país en la Sociedad de las Naciones en Ginebra- destacaba como una personalidad clave en el relacionamiento con la Argentina, desde los sucesivos cargos que ocupó de canciller, vicepresidente de la Nación y presidente del Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente, inaugurado en abril de 1942 en Montevideo. Dicho foro había tenido su origen en el programa de acción trazado por la Reunión de Río de Janeiro, y estaba integrado por la Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, México, Venezuela y Uruguay. El mismo tenía carácter de permanente, funcionando todo el año, pudiendo actuar con la mayoría de sus miembros. El comité se propuso conocer detalladamente los hechos que surgían de los actos subversivos de los agentes del Eje en las distintas repúblicas americanas. Cuando en enero de 1943 recibió del gobierno de Washington un memorándum sobre las actividades nazis en la Argentina, donde se hacían graves acusaciones a los diplomáticos alemanes acreditados ante el gobierno de Buenos Aires, se resolvió su divulgación continental para poder tomar medidas de defensa común.²⁶ Eliminar a la Argentina del organismo era un objetivo, pues sobre todo los diplomáticos norteamericanos, uruguayos y brasileños,²⁷ eran de la opinión que allí el gobierno de Buenos Aires podía obtener información sensible que podía caer en manos enemigas, no siendo su membresía consistente con su política externa.

Aunque la utilidad del comité era relativa, al Uruguay le sirvió para alcanzar notoriedad internacional como consecuencia del golpe de estado boliviano de diciembre de 1943 y de la denunciada intervención del gobierno militar argentino.²⁸ Entonces Guani recomendó la consulta de las repúblicas americanas entre sí antes de reconocer a nuevos gobiernos establecidos por la fuerza, para determinar si estos cumplían con los planes de defensa del continente. Cuando el comité aseguró que el régimen de Farrell refrenaba el plan antitotalitario del general Ramírez, la Argentina retiró su delegado del organismo interamericano, siendo reemplazada por el Perú.

Los planes defensivos de Uruguay se visualizaban nebulosamente. Durante 1940-42, argumentó posibles acciones por las minorías pro-eje localizadas cerca de las fronteras en las adyacentes provincias de Argentina y Brasil. Se especulaba que

²⁶ Comité Consultivo de Emergencia para la defensa política. Recomendações submetidas a os govêrnos das Repúblicas Americanas, 15 de abril de 1942-15 de fevereiro de 1943 (Montevideu, 1943), pág. 45.

²⁷ La representación brasileña contó con las importantes presencias como delegados del ex canciller Mario Pimentel Brandao y del general Goes Monteiro.

²⁸ Ver Beatriz Figallo, "El Cono Sur entre la revolución argentina y la revolución boliviana, 1943", en: *Res Gesta*, 37, 1998-1999.

un hipotético ataque argentino podría provenir de Salto, Paysandú y Fray Bentos, donde los cruces debían hacerse por botes o por puentes portátiles, por Colonia y Carmelo, sólo a través de embarcaciones, y por la costa a Montevideo y Punta del Este. Cuando el gobierno de Getulio Vargas declaró la guerra al Eje, el uruguayo no dio ese paso, aduciendo una deficiente preparación militar, y tal vez una poca disposición para traspasar del terreno dialéctico al de los hechos. Guani le aclaraba a Washington que las costas estaban indefensas contra un ataque de submarinos, aviones de superficie y que sus fronteras estaban virtualmente inermes frente a una importante fuerza nazi proveniente de Brasil o de la Argentina.

Trascendente para el fortalecimiento del clima de prevención contra el gobierno de Buenos Aires en Montevideo, fue la embajada brasileña a cargo de Baptista Luzardo. Al igual que gran parte de la elite diplomática brasileña vinculada a la Argentina, durante el primer semestre de 1942, alertaron a la región sobre la movillización militar que se registraba en el vecino del sur. Las maniobras de septiembre y octubre en las regiones fronterizas, los informes relatando las concentraciones de tropas argentinas en las ciudades de Concordia y de Posadas y advirtiendo sobre la acción de agentes nazis infiltrados en la región insuflando animosidades en las fronteras, el constante aumento de efectivos, la creación de varios regimientos y batallones, los planes para construir plantas productoras de armas con la finalidad de dispensar al país de las compras en el exterior y como respuesta del gobierno de Buenos Aires al fracaso de las negociaciones con USA, fueron razones esgrimidas como argumentos del creciente belicismo argentino y de una posible conflagración en la región platina. Para el general Pedro Goes Monteiro, la Argentina venía presionando sobre la política uruguaya con la intención de debilitar políticamente al crítico canciller Guani y desmoralizar el comité consultivo para la defensa política del continente, lo que junto con el movimiento militar en las regiones fronterizas y los golpes de estado en la Argentina y en Bolivia, elevaron las tensiones en la región a su pico máximo en el primer semestre de 1944. En ese contexto de crisis se llegaba a trazar un paralelo entre ese momento y aquel que precedió a la eclosión de la Segunda Guerra Mundial en Europa, pretendiendo mostrarse a la Argentina como la Alemania del continente.²⁹

En diciembre de 1943 el gobierno uruguayo insistía con una ley para obtener la instrucción militar. El canciller Serrato consideraba entonces que Uruguay debía estar preparado para defenderse a sí mismo, en caso de verse envuelto en un conflicto entre Brasil y la Argentina, considerando que si la guerra continuaba por dos o tres años más, era muy probable que las hostilidades estallaran en esta parte del mundo. Además era de la opinión que, más allá de luchar por la hegemonía regional, ambos países estaban en manos de dictadores, que por su propia naturaleza y porque necesitaban mantener su prestigio, estaban siempre inclinados a ir a la guerra, siendo Uruguay un obligado campo de batalla, más teniendo en cuenta el

²⁹ Eduardo Munhoz Svartman, *Diplomatas, políticos e militares. As visoes do Brasil sobre a Argentina durante o Estado Novo*, Passo Fundo, EDIUPF, 1999, p. 189.

descontento que crecía en el régimen varguista, manifestándole al representante norteamericano en Montevideo que sólo los Estados Unidos podían prevenir el conflicto.³⁰ Además señaló que el ejército argentino había estado nuevamente haciendo maniobras militares -en realidad, se trataba de actividades habituales y periódicas del ejército argentino- a lo largo de la costa del río Uruguay, opuesto a Paysandú, incluyendo ejercicios con pontones en las islas, no habiendo desmovilizado aún a todos los efectivos. Igualmente Brasil había fortalecido sus destacamentos militares en la zona de Río Grande do Sul, a lo largo de la frontera con el Uruguay.

Para reforzar la fundamentación para obtener la ley del servicio militar, el partido batllista argumentó en el proyecto legislativo que había habido una renovación en la Argentina de la tendencia que denegaba el condominio en el Río de la Plata, y denunciaba que en un libro publicado en el Brasil por un autor militar se expresaban opiniones favorables a recuperar la Provincia Cisplatina. *El Debate*, que se oponía a la moción colorada, magnificó la existencia en el Brasil de intenciones anexionistas sobre Uruguay, y junto con el diario anti gubernamental y sensacionalista, *Tribuna Popular*, acusaron al gobierno y a la Cancillería por su silencio y por no haber discutido el asunto con Río de Janeiro.

Mientras la Junta Interamericana de Defensa que había creado un "Comité de Bases Navales y Aéreas", señalaba en su informe de marzo de 1944 que debían estudiarse las posibilidades de mantener en condiciones de funcionamiento eficiente a las bases para afianzar la seguridad permanente del hemisferio contra agresiones extracontinentales después de la guerra, la oposición interna no cejaba en el Uruguay. El semanario proherrero *Marcha* en la edición del 6 de junio afirmaba que las bases aeronavales que finalmente se habían instalado en Laguna del Sauce venían a modificar de modo violento las relaciones existentes con una serie de países, significando que la expansión yanqui había llegado al Plata, entrando en colisión con el interés británico, siendo una expansión ante todo económica, pero que necesitaba su sostén militar. Por esos mismos días -cuando la Panagra había inaugurado cuatro pistas construidas con dinero norteamericano en Carrasco- el gobierno era interpelado por los blancos en el Senado, asegurando allí que las obras militares realizadas eran de carácter netamente nacional.

En tanto, después del golpe de junio de 1943 que derrocó a Ramón Castillo, Montevideo se fue convirtiendo en un centro opositor, sede de exilio político. Allí se estableció un Comité de Solidaridad con el pueblo argentino y se imprimieron numerosas publicaciones contrarias al nuevo gobierno militar, que arribaban por contrabando a la otra orilla. A pesar que el gobierno de Juan José Amézcaga, atendiendo a las constantes quejas de su par rioplatense, buscó frenar las campañas de radio, perfectamente audibles desde la Argentina, la prensa uruguaya, que era esencialmente política, y estaba alguna incluso en manos de argentinos opositores al régimen de junio, propaló toda suerte de acusaciones, centrando sus ataques contra la figura fuerte del régimen, Juan Perón, y contra las pretendidas intenciones de domi-

³⁰ NA, RG 59, CAF, 1940-44. Box 4550, Montevideo, december 15, 1943, from William Dwason to Secretary of State.

nio argentino en el Cono Sur. La Cancillería oriental a su vez se imponía de informaciones que daban cuenta del ambiente de resentimiento que reinaba en el gobierno militar vecino, señalándose que el coronel Perón había tildado ante oficiales de Campo de Mayo al Uruguay de país "bastardo", conceptos que después repetiría, calificando a los uruguayos de "perros falderos".³¹

Paralelamente la situación de abastecimientos uruguayos había empeorado por las tensiones con el gobierno de Buenos Aires. El intercambio comercial entre ambos países se componía de una larga lista de productos, algunos lotes importantes como cereales, petróleo, extracto de quebracho y productos químicos, pero también variados productos y misceláneos. Se había mostrado lo dificultoso que era para los Estados Unidos suplir los cientos de items que constituían parte de ese tráfico, cuya falta terminaría por repercutir en críticas hacia el gobierno que había producido esa dislocación en el mercado uruguayo. A pesar de la tensión que lo enfrentaba con el gobierno de Buenos Aires -que presionaba trabando los permisos de exportación para muchos productos y poniendo dificultades para el tráfico turístico- o tal vez por ello, Montevideo comenzó a manifestar su crítica con la táctica empleada por los Estados Unidos para solucionar el problema argentino, con procedimientos coercitivos que implicaban desconocer la psicología latinoamericana. Frente a ello, el Secretario de Estado Cordell Hull se quejaba de la creciente tendencia a considerar que la guerra estaba ya ganada y que no había necesidad de que las naciones americanas cooperaran en la lucha común, posibilitando ello un cierto clima de simpatía con la postura argentina. En junio de 1944 el secretario de Estado había anunciado que desde que el gobierno del general Farrell había persistido en negar la relevancia de la defensa hemisférica, se había llamado al embajador en Buenos Aires aplicando la doctrina Guani que no reconocía nuevos gobiernos en América Latina que fuesen originarios de movimientos armados, dándose órdenes para hacer las necesarias presentaciones para defender el Paraguay, Uruguay o cualquier otro estado que fuera vulnerable a un ataque de la Argentina.³² El gobierno de Amé- zaga se veía así presionado por dos corrientes contrapuestas, la que le sugería su distanciamiento de la Argentina, abonada por los temores frente a lo que veía como la voluntad de armarse a todo trance de los militares vecinos,³³ y la que aconsejaba buscar alternativas para zanjar las diferencias con el gobierno de Farrell, interviniendo como mediador frente a los países aliados. La posibilidad de complicaciones en el sudeste de América fue una realidad considerada por el gobierno oriental, pero contaba con el ofrecimiento de Hull en el sentido que los Estados Unidos podrían sostener al Uruguay en cualquier circunstancia.³⁴ No obstante, en la práctica co-

³¹ AMREU, Serie Uruguay. Caja 21. Memorándum. Corresponde al viaje del doctor Pacheco a Buenos Aires, del 23 de junio al 6 de julio de 1944.

³² Randall Bennett Woods, *The Roosevelt Foreign policy establishment and the "good neighbor". The United States and Argentina, 1941-1945*, The Regent Press of Kansas, Lawrence, 1979, p. 156.

³³ Escribía el canciller oriental a su embajador en Washington, "el gobierno del Uruguay, no obstante mantener su fe en que la guerra en América no tiene ni razón de ser ni posibilidad de existir, no puede menos de sentir una honda preocupación surgida, ante todo, de su situación geográfica", en AMREU, Serie Argentina. Caja 4. Montevideo, julio 5 de 1944, de José Serrato a Juan Carlos Blanco.

³⁴ *Ibid.*, Washington, setiembre 22 de 1944, de Juan Carlos Blanco a ingeniero José Serrato.

menzaron a experimentarse problemas y dilaciones con las entregas de equipamientos provistos por Estados Unidos, y, frente al afianzamiento de los militares en el poder de Argentina, desde Montevideo se veía que “existe tranquilidad interna, el pueblo vive mejor y a menos costo, no se ha notado mayormente el aislamiento internacional en que se vive, se continua a un ritmo de vida como bajo la dirección de un gobierno constitucional, perfectamente reconocido por las demás naciones sin perjuicios en su economía, su industria o su moneda”.³⁵

La intensidad de las presiones norteamericanas sobre la Argentina comenzaron a causar resquemor también en el Brasil, abogándose por una normalización de las relaciones políticas en el Plata. En noviembre el propio Oswaldo Aranha, ya apartado de su cargo de canciller, criticó abiertamente la política norteamericana para con la Argentina en la revista *Time*, alertando el peligro de envolver a Brasil en una guerra.³⁶

Esa posición fue compartida por muchos gobiernos continentales, dispuestos a bregar por la reincorporación de la Argentina, aun reconociendo que Buenos Aires y sus gobiernos no habían cumplido con los compromisos de Río de Janeiro de 1942. Además a principios de diciembre de 1944 reportes periodísticos y círculos diplomáticos latinoamericanos difundían la noticia de que había una suavización de la actitud norteamericana sobre el régimen argentino, como consecuencia de los cambios ocurridos en el Departamento de Estado. Aunque los funcionarios gubernamentales orientales temieron que su política hacia la Argentina quedara en el limbo, desairada completamente con el régimen de Farrell, la reelección de Roosevelt a la presidencia de USA fortificaba la posición de Washington en los asuntos internacionales, que incluía la firme actitud de censura respecto a la Argentina.

Los sucesos ocurridos en Buenos Aires en octubre de 1945, que determinaron la vuelta a la actividad política del coronel Perón, dieron lugar a la última ofensiva contra el gobierno militar argentino que se tradujo en una iniciativa de la Cancillería uruguaya, acusada de ser fruto de un acuerdo previo con la Secretaría de Estado, que implicaba una intervención multilateral de las naciones americanas contra los miembros no cooperativos.³⁷ El representante español en Montevideo informaba que como los embates del gobierno de Washington no habían tenido éxito, el embajador norteamericano propuso al canciller Eduardo Rodríguez Larreta³⁸ que fuese el Uruguay que “dando un paso más, provocase el planteamiento del llamado ‘problema argentino’ al conjunto de las naciones americanas”. El presidente Amézcaga aceptó la idea sólo si se evitaba toda alusión directa a la Argentina, redactándose en forma general.³⁹

³⁵ *Ibid.*, Serie Uruguay. Caja 21. Departamento de Informes Secretos. Montevideo, enero 15 de 1945. Información sobre la Argentina.

³⁶ Eduardo Munhoz Svartman, *Diplomatas, políticos...* op. cit., p. 199.

³⁷ Ver *Política Internacional*, Nº 43, mayo/junio 1959; Alvaro Casal Tatlock, *La doctrina Larreta*, Montevideo, 1997.

³⁸ Un nacionalista independiente que había reemplazado al ingeniero José Serrato y que había asistido como delegado uruguayo a la reunión de Chapultepec.

³⁹ En: *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España - Madrid (AMAE)*. Uruguay. R. 1657. Exp. 7. Información general. Montevideo, 6 de diciembre de 1945. De J. P. de Lojendio a ministro.

En la nota de noviembre de 1945 dirigida por Rodríguez Larreta a todas las naciones del continente se afirmaba que la existencia de un gobierno de tendencia nazi-fascista constituía una amenaza para la paz, y se debía hacer frente a ella con sanciones de carácter diplomático y económico.⁴⁰ El diario *La Vanguardia* de Buenos Aires, órgano del partido socialista, señaló entonces que la doctrina uruguaya auspiciaba la ratificación del principio que América era democráticamente solidaria, pero otros periódicos como *O Jornal* de Río de Janeiro advertían que la plena soberanía y la no intervención de un país en los asuntos domésticos de otro formaban la base del panamericanismo, siendo la doctrina uruguaya una tesis que modificaba la esencia de las relaciones interamericanas. El parlamento oriental mostró oposición a tal iniciativa, e igualmente algunos países americanos, entre ellos Brasil, Colombia, Ecuador, Cuba, República Dominicana y Chile, juzgaron como no aconsejable el abandono o el simple apartamiento del principio de no intervención, pidiendo en cambio la creación de un organismo regional que fuera instrumento de la voluntad colectiva.⁴¹

La política oriental dirigida contra la Argentina se encontró así con una oposición, interna y externa, considerable, que esgrimía el argumento que sólo la fuerza y el poderío de los Estados Unidos serían los llamados a intervenir y jamás los intervenidos.

Los gobiernos peronistas

Las propuestas intervencionistas y los públicos pronunciamientos de políticos y periódicos uruguayos a favor de la candidatura de la Unión Democrática en las elecciones de febrero de 1946, señalando la amenaza de desborde social que significaba una Argentina presidida por Perón, no eran un buen presagio de entendimiento: Buenos Aires denunció el tratado de radio con Uruguay basándose en que las estaciones orientales atacaban al gobierno argentino y que además se recogían críticas noticias de medios del exterior. La presión argentina se tradujo en la suspensión del envío de su trigo. Uruguay se atajó con un decreto del presidente Juan José Amézcaga exigiendo el registro de los corresponsales que remitían informaciones al extranjero y prohibiendo la transmisión y publicación de noticias que se pudieran considerar "lesivas a los países vecinos".

Al igual que en el resto de la región, el ascendiente del peronismo parece haber tenido incluso su repercusión en ciertos círculos militares del Uruguay, cuyo gobierno el 1 de julio arrestó a unos treinta miembros de una logia nacionalista de oficiales del Ejército, que habían estado en contacto con militares argentinos afines y supuestamente estaban planificando un golpe de estado.⁴²

⁴⁰ A principios de diciembre de 1945 Washington se mostró también dispuesto a reactivar el Comité de Defensa Política -que Guani pretendía siguiera funcionando-, acreditando un nuevo representante, el embajador Pierre de Lagarde-Boal, cuya primera actuación fue plantear el estudio de una intervención multilateral en la Argentina.

⁴¹ AMREU, Serie Uruguay. Caja 22. Nota de Relaciones Exteriores, Montevideo, 11 de enero de 1946.

⁴² Russell H. Fitzgibbon, *Uruguay. Portrait of a democracy*, New York, Russell & Russell, 1966, p. 259.

Meses después de asumir Perón el gobierno de la Argentina,⁴³ lo hizo el colorado Tomás Berreta en el Uruguay. Pero el 2 de agosto de 1947 Berretta falleció, siendo sucedido por su vicepresidente, Luis Batlle Berres. La prosperidad era la tónica en el Río de la Plata, medida con cifras en alza de los precios de las exportaciones y de abundantes reservas. La estabilidad de los gobiernos se traducían en importantes proyectos de industrialización, y en ese contexto se reanudaron las tratativas para lograr el aprovechamiento hidráulico de Salto Grande. Ya el 30 de diciembre de 1946 se suscribió el Convenio Argentino-Uruguayo para el aprovechamiento de los rápidos del río Uruguay, y se designó una Comisión Técnica Mixta dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores de cada país. Pero el nuevo distanciamiento de los gobiernos llevó al receso del proyecto.⁴⁴

Ambos estados emplearon ampliamente los recursos ganados en la guerra, sin dejar de advertir que la legislación peronista le trazó caminos en cuanto a este nuevo período de conquistas sociales en el Uruguay. Lo que también puede decirse con respecto al proceso nacionalizador de los servicios públicos iniciados en la banda occidental del Río de la Plata y prontamente replicados en la orilla oriental.⁴⁵

Batlle Berres intentó un acercamiento a Perón durante su primera gestión presidencial, buscando fortalecer la corriente turística, comprando carne y vendiendo arena. Argentina denunció después la venta de esa carne para el exterior y a su vez detuvo sus compras alegando apremios en los pagos, para una actividad en torno a la cual se habían organizado numerosas compañías areneras argentinas, con barcos y obreros que vivían de ello.

El turismo había sido por largo tiempo una gran entrada de divisas para el Uruguay. Mayormente procedente de la Argentina -aunque también del sur del Brasil y de Paraguay-, la llegada del verano y de los turistas traían el alivio de la reducción del déficit nacional. Si por un lado el gobierno peronista, con sus grandes planes sociales de vacaciones, con la motorización de la clase media y la clase trabajadora, incentivaba el turismo nacional, los exilios políticos fueron desatando crecientes medidas para obstaculizar el desplazamiento de aquellos que querían viajar al Uruguay. Primero, el gobierno requirió que todas las personas debían poseer pasaportes -cuando anteriormente sólo eran necesarias las identificaciones nacionales- y luego, ante la negativa uruguaya de establecer límites a la libertad de expresión de los exiliados antiperonistas, fueron impuestas nuevas medidas que hicieron virtual-

⁴³ Para la caracterización de este último período, ver el artículo de Carella, "Política exterior del Uruguay", en: J. C. Puig, C. Moneta, C. Pérez Llana, A. L. Carella, *De la dependencia a la liberación. Política exterior de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1973.

⁴⁴ María Rosa Catullo, "La represa de Salto Grande: participación, intereses sectoriales y nacionales", en: *Actas de las Terceras Jornadas de Historia Argentina y Americana*, Buenos Aires, UCA, 2000. Recién a principios de los setenta la Comisión Técnica Mixta inició gestiones ante el Banco Interamericano de Desarrollo para un préstamo tendiente a encarar la obra. Finalmente, en noviembre de 1973, los presidentes Juan María Bordaberry y Juan Domingo Perón firmaron el Tratado del Río de la Plata, que le dió principio de ejecución al proyecto. En 1978 se pondría en funcionamiento la primera turbina de la represa de Salto Grande.

⁴⁵ Ver Carlos Machado, *Historia de los Orientales. Tomo III. De Batlle a los '70*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1997.

mente imposible el viaje. Los opositores argentinos se expresaban y conspiraban sin traba desde el Uruguay. Debido a su proximidad y a la ausencia de un riguroso control, muchos seguían encontrando refugio cruzando los ríos. Los periódicos uruguayos publicaban artículos críticos al gobierno argentino y las estaciones locales de radio tenían frecuentes programas en los que los anti-peronistas exponían sus diferencias con el régimen argentino. Montevideo era pues -una vez más- la capital de la oposición. Derrocado Perón, todas las restricciones fueron removidas y para 1958 se recuperaron los niveles de afluencia de turistas provenientes de la Argentina.

Otro incidente grave fue protagonizado por el agregado obrero a la embajada argentina en Montevideo. En septiembre de 1952, acusado de intervenir provocando desórdenes en una huelga de trabajadores de la fábrica Alpargatas, interfiriendo en los asuntos internos del país, fue declarado persona no grata por el gobierno uruguayo.⁴⁶ Entretanto, Perón se quejó de que el Uruguay era culpable de actos por los cuales reconocía la soberanía británica sobre las reclamadas Malvinas. Interdictas, como gesto de protesta contra la ocupación británica, las comunicaciones directas entre el territorio argentino y las islas, se había convertido en costumbre utilizar el puerto de Montevideo para los viajes entre Sudamérica y Port Stanley. En octubre de 1952 una nota diplomática advertía que el Uruguay había ratificado un tratado de aeronavegación con Londres en donde Montevideo era designado como aeropuerto de llamada para los vuelos entre Gran Bretaña y las Malvinas, y así mismo había desairado a la Argentina, manteniendo una oficina consular en Port Stanley.⁴⁷ A pesar de las excusas uruguayas y del alegato que representaba la larga tradición de intercambio con las islas que se remontaba a principios del siglo XIX,⁴⁸ hacia el final de 1952 Perón respondió imponiendo un boicot al comercio con Uruguay, para luego romper las relaciones diplomáticas entre los dos países. No obstante, en abril de 1955 Argentina intentaría adoptar una política más complaciente, permitiendo la reasunción de los vínculos. Con el colorado Andrés Martínez Trueba en la presidencia oriental, se habían estrechado las relaciones con Washington, encontrando concreción en un Pacto de Asistencia Militar a mediados del 53, que le proporcionaron suministros al Uruguay, especialmente notables hasta que Perón fue derrocado.

Por entonces, el Uruguay se mostraba como una plaza atractiva para aquellos inversores que lo veían como un seguro y estable refugio para sus ahorros, situación que se acrecentaba en momentos de tensión regional -como por ejemplo durante el segundo mandato peronista. La antigua aspiración de Perón a que Uruguay compartiera con la Argentina las funciones de una plaza financiera en una unión económica sudamericana no llegaron a considerarse en conversaciones bilaterales.⁴⁹

⁴⁶ George Pendle, *Argentina*, London, Oxford University Press, 1965, p. 158.

⁴⁷ *Ibid.*, pag. 162.

⁴⁸ Ciertamente que la vinculación de las Malvinas con el Uruguay era antigua, incluyéndose, por ejemplo la provisión de trabajadores para las islas y el otorgamiento de becas para que isleños estudiaran en el Colegio Inglés de Montevideo.

⁴⁹ Beatriz J. Figallo, "Una visión de las ideas de política exterior de Perón", en: *Res Gesta*, 25, 1989.

El Uruguay y la Argentina se encaminaban por similares sendas de estancamiento y deterioro económico, preludio de crisis nacionales que afectaron dramáticamente a ambas naciones: los puentes internacionales, las obras conjuntas, los acuerdos económicos debieron esperar décadas para facilitar vías efectivas de integración.